

desarraigarlo y extirparlo: á manera de aquellas plantas que cuando tiernas, se arrancan facilmente, pero cuando crecidas y arraigadas cuesta sumo trabajo separarlas del suelo. La primera sugestion es la cabeza de la venenosa serpiente infernal, que quiere introducirse en nuestro corazon: si no resistimos á ella, cuando ménos lo pensamos, queda dueña de él. Resistamos, pues, á las seducciones de los malos pensamientos; guardémosnos de deleitarnos en ellos y de prestarles nuestro consentimiento. Por el contrario, si damos acogida en nuestro corazon á las imágenes impuras, á las ideas deshonestas, á los pensamientos ilícitos, será un milagro de la divina misericordia que en la hora tremenda de la muerte meditemos con provecho las máximas de salvacion eterna; por ser muy natural que en aquellos críticos momentos asalten y preocupen nuestro entendimiento aquellos mismos objetos en que nos deleitamos durante nuestra vida: Finalmente, siguiendo el sabio consejo del Espíritu Santo, cuando nos asalte algun pensamiento pecaminoso, acordémosnos de nuestro último fin, pues de esta manera nos será imposible ofender á Dios, que todo lo vé, y no deja nunca de premiar el bien y castigar el mal: *Memorare novissima tua, et in eternum non peccabis* (EccL. vii, 40).

DIVISIONES.

PENSAMIENTOS MALOS.—El placer comienza en los malos pensamientos de una ilusion.

El placer que dura en los malos pensamientos es una persecucion.

El consentimiento que el placer nos hace prestar á los malos pensamientos es una muerte.

PENSAMIENTOS MALOS.—Debemos combatir los pensamientos de vanidad por el amor á las humillaciones.

Debemos combatir los pensamientos de impureza por la práctica de ayunos y de abstinencias.

Debemos combatir los pensamientos de desesperacion por la frecuencia de sacramentos.

Véase: MALOS DESEOS.

PERDON DE LAS INJURIAS.

(EL)

Dimitte et dimittimini.

Perdonad, y seréis perdonados.

(LUC. vi, 37.)

No pido á Dios, hermanos míos, en mi anhelo por vuestra salvacion, no le pido otra cosa que vuestra obediencia á este precepto: *dimitte*, perdonad; y la soberana esperanza fundada en esta promesa: *et dimittimini*, y seréis perdonados. Si alimentais esta caridad y esta esperanza, que supone la fé, alcanzareis la salvacion, porque, en efecto, se os perdonará.

Todo, en el Evangelio, se halla unido por fuerte trabazon; solo existe en él una inspiracion, una verdad; la verdad de Dios, que es caridad y justicia. En este carácter reconozco la obra de Dios. Los sistemas humanos carecen de homogeneidad; cualquiera que sea la lógica de los filósofos separados de la Iglesia, ni pueden, ni se atreven á sacar todas las consecuencias de sus sistemas, porque se verian detenidos en su obra por la reprobacion pública y por su propia conciencia. Pero la obra de Dios es una, como es uno su autor. *Dimitte et dimittimini*: ¿quién no vé en estas palabras la consecuencia de este precepto? «Haz á tu prójimo lo que quieres que se haga contigo: ámale como á tí mismo. Amad á vuestros enemigos. ¡Bienaventurados los misericordiosos! ¡Oh Dios mio, perdonad nuestras culpas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores!» Pero el Evangelio no se limita á expresar el precepto, sino que añade la sancion, la recompensa y la pena. El que perdona alcanzará el perdon; el que no perdona, no será perdonado; y si ántes obtuvo perdon, este mismo le servirá de condenacion. Esto es lo que me propongo demostraros, despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

1. Quiero ante todo, llamar vuestra atencion sobre este punto: habiéndonos sido, no solo prometido, sino concedido el perdon en el

Bautismo, nadie puede decir que no le conciernen las palabras de nuestro Evangelio.

Dios, católicos hermanos, se ha comportado con nosotros á la manera que lo hizo el rey de que nos habla la parábola del Evangelio; él nos ha perdonado nuestra deuda; pero, con generosidad tan incomparable, que sirviéndose de nuestro lenguaje y comparando su soberana caridad á la de un buen amo, no ha podido, sin embargo, expresar, por medio de esta figura, toda la realidad del hecho. Prestadme atención :

Siempre que os hablamos de las leyes que os han sido impuestas y de la recompensa que debe servir de premio á vuestra obediencia, cuando os representamos la bondad de Dios bajo esta forma de justicia, suponemos que no perderéis de vista lo que precede á las resoluciones de los hombres, sean buenas ó malas, y que recordareis que la mejor de vuestras acciones sería ineficaz sin el auxilio del cielo, que nos ha sido concedido á todos por la sangre de Jesucristo. El precedente que ha hecho posible nuestra admisión á merecer, es el rescate, la restauración de nuestra naturaleza. Sí, pues, Dios quiere empeñarse en favor nuestro y dar, desde entonces, á sus recompensas el carácter de actos de justicia, esta justicia hubo de tener por necesario precedente un acto de bondad infinita, completamente gratuito. Hé aquí, pues, la primera y principal diferencia; diferencia esencial entre el rey que perdona y Dios. ¿Por qué la caridad de Dios para con nosotros es infinita? ó, mejor dicho ¿por qué lo reconocemos así? Porque no bastaría que quisiera perdonarnos, remitir nuestra falta; más claro, porque siendo Dios, á la vez, justicia y caridad, era preciso que nos rescatase por ésta para satisfacer á aquélla. Y, bien lo sabeis, hermanos míos, el precio del rescate de nuestra alma fué y debió ser la sangre del divino Salvador. Ved, pues, como el rey de la parábola, que solo sacrificia algunos talentos, no puede representar fielmente á este Dios de bondad que se ofrece á sí mismo en sacrificio.

Además, Dios no esperó la petición del hombre para perdonarle su deuda. No aguardó á oír este ruego del siervo : « Señor, ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. » ¡ Ah ! el siervo nada podía pagarle, no podía rehabilitarse á sí propio.

Así, pues, queda sentado este punto : en el Bautismo, que significa la aceptación de los méritos de Jesucristo, la de la remisión, somos perdonados por primera vez. Nos encontramos, por consiguiente, en la misma situación que aquel siervo á quien le había sido perdonada su deuda; y si, á nuestra vez, no sabemos perdonar, se nos aplicarán

aquellas palabras de Jesucristo : « El Padre os entregará en manos de los verdugos, si cada uno no perdonare de corazón á su hermano. » Y si fuera permitido agregar algo á esta sentencia del Salvador, diría por mi parte : con mayor razón os tratará el Padre á vosotros de esta manera, puesto que, si esta decisión es justa en el rey, mucho más lo será en Dios, que ha sido infinitamente más generoso.

Dios es nuestro modelo. Pero, ¿cómo imitar al Dios del Antiguo Testamento? ¿Deberemos imitarle también en su justa cólera? No, hermanos míos, porque nosotros no sabemos cuándo es justa nuestra cólera; y si alguna vez podemos discernirlo, si alguna vez nuestra cólera sería una santa indignación, con frecuencia nuestros propios intereses se mezclarían con los intereses de Dios ó del prójimo, y calificaríamos de celo lo que sería un resentimiento del orgullo y del egoísmo. He pronunciado la palabra resentimiento. Ahora bien, yo me ocupo de ella para decirlos que si, en algun caso, es lícita al cristiano la cólera de la indignación, debe ser desprovista de todo resentimiento, tomando esta expresión en la acepción de ira. Dios, el gran Dios de Israel y de los Patriarcas, castiga, porque conoce la extensión de la falta y hace de la pena una expiación. Nosotros, empero, hermanos míos, debemos perdonar independientemente del arrepentimiento, á ménos que tengamos sobre nuestro prójimo una expresa misión de Dios, como la del padre sobre el hijo. Es verdad que, en ciertos casos especiales, se convierte el hombre en juez de su semejante; pero, si condena, jamás debe hacerlo en su nombre : nadie puede ser juez en causa propia.

Dios es nuestro modelo, y, sin embargo, no podemos seguirle en todos sus pasos. Aun antes de la venida de Jesucristo, esto no hubiera sido una verdadera dificultad, porque es evidente que la imitación se halla subordinada á los medios de que se dispone para imitar, y que éstos dependen de la naturaleza del imitador. El papel del hombre no es el mismo que el de Dios. Pero el Señor que, no nos cansaremos de repetirlo, ha hecho, y hace sin cesar, prodigios de condescendencia en favor nuestro, no ha querido dejarnos la menor duda acerca de la posibilidad de imitarle. Si me atreviera á decirlo, sostendría que Dios nos ha evitado así muchos actos nacidos de los pretextos de la mala fe, y que ha separado de nuestro camino esa piedra de escándalo, que es, « la dificultad de imitar á Dios sin caer en pecado. » Y ¿ cómo lo ha hecho?.... Los Profetas y los Patriarcas nos habían enseñado ya ciertamente á imitar á Dios en lo que quiere le imitemos. Pero, puesto que aquello no era suficiente, ¿qué hizo el Dios de bondad? ; Unió á su naturaleza la naturaleza del hombre, se hizo como

nosotros mismos, se hizo nuestro semejante para enseñarnos como debíamos ser nosotros! Por medio de esta misteriosa operacion, hizo descender en el hombre la ley de las perfecciones divinas; en su persona nos ha mostrado el Hombre perfecto, de suerte que imitándole, imitamos á Dios, ó imitamos al imitador de Dios.

Ahora bien; ¿qué ejemplo nos dió el Hombre perfecto, Jesucristo, que nos mandó perdonar y perdonar siempre? Olvido por un momento toda su vida y toda su doctrina y recuerdo tan solo su agonía, cuando, colmado de ultrajes y tormentos rogaba por sus verdugos. «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Si pues Dios, en sí mismo, no puede ser imitado sin tropezar con mil escollos, hé aquí en Dios al hombre, *Eccc homo*, hé aquí el hecho, hé aquí la ley!

Dios es nuestro modelo: Él ha perdonado como Dios y como hombre, luego nosotros debemos y podemos perdonar.

Preciso es carecer absolutamente de sensibilidad para que el hombre no se sienta favorecido por el beneficio que recibe, por la afeccion de que es objeto. Ahora bien; ¿qué mayor beneficio puede recibir el hombre que el perdon, que le hace capaz de salvarle, y que realmente le ha salvado ya una vez? Si, pues, su Salvador solo le exige, en recompensa, que obre con sus semejantes del mismo modo que ha obrado el Señor con él; ¿cuán dulce y fácil debe serle la obediencia!

Para negar el perdon á sus hermanos, seria necesario, no solo desobedecer á Dios, rehusando imitarle, y hallarse desprovisto de la única ambicion digna del hombre, se necesitaria, además, no tener corazon y no sentir el aguijon de la caridad, y hasta faltar á la equidad.

Es preciso tener en cuenta, hermanos míos, que, con frecuencia, la injusticia habla en nosotros á nombre de la justicia: uno de los casos más comunes es el que se presenta naturalmente á nuestra imaginacion, leyendo la parábola del Evangelio. Mi hermano me debe; luego es justo que me pague. Sin duda, esto es justo, respecto á él, si tiene medios con qué pagar; lo es tambien respecto á mi, si estoy cierto de su insolvencia. Pero lo que no es justo es que me sirva yo del rigor, el cual no hace más que agregar una causa de desunion profunda á un motivo de desacuerdo ó de genialidad, de irresolucion ó de nuestro encogimiento. Ahora bien; si del hecho material pasamos al caso espiritual, si de la deuda pasamos á la ofensa, observaremos que la deuda moral no puede pagarse, porque nadie en el mundo puede hacer que lo ya sucedido no haya tenido lugar. Pero, á fin de comprender exactamente los deberes de justicia que nos impone esta misma insolvencia, no olvidemos que Dios entra siempre con nosotros

á la parte en la reivindicacion. Fijemos bien nuestra situacion. Cuando se nos inflere una injuria, se ofende al mismo tiempo á Dios. No somos, por tanto, nosotros los únicos acreedores. Pero nuestro crédito y consiguientemente, nuestro derecho, no es de la misma naturaleza que el de Dios. Dios reivindica á nombre de la justicia. Nosotros á nombre de la ofensa hecha á nuestra persona, y, aún siendo justa nuestra queja, no será ménos cierto que nos quejamos personalmente por nosotros mismos. Nosotros entablamos una accion civil, y pedimos, permitidme la comparacion, daños y perjuicios. Dios, en cambio, juzga el mal en sí mismo, prescindiendo del ofendido; á Él solo corresponde apreciarle y castigarle. Si, pues, su justicia se declara satisfecha, si concede gracia, quedamos solos en la demanda. ¡Triste situacion! Y observado bien, nosotros no podemos nunca asegurar que Dios persiste en la prosecucion de la contienda. Pero como la misericordia de Dios no puede ser injusta, ni aún en la concesion más absoluta de su gracia, se sigue de aquí, que, continuando nosotros en alimentar nuestro resentimiento, nos declaramos contrarios á la justicia divina.

Hay más, todavía; cualquiera que sea la manera que tengamos de mirar el perdon, se le encuentra sólida razon de ser. Si nuestro deudor es insolvente, por sí mismo, esto es, principalmente con relacion á la justicia, á Dios; es porque solo Dios puede borrar el pecado. Por lo que respecta al perjuicio material ó moral que nos ha ocasionado, puede repararse; es más, afirmo que ese perjuicio se repara siempre, bien por el culpable mismo, bien por Dios; y cuando no se repara, es porque no debe serlo, con arreglo á justicia. Sin entrar en detalles inútiles, os recordaré que, por lo general, el beneficio de ciertas reparaciones le hace partir del perjuicio mismo de la injuria. En tal caso, la deuda desaparece, al ménos de hombre á hombre. O bien si el hombre no repara el daño causado, lo hace Dios frecuentemente en este mundo. Si Dios, representado por su providencia, se ha sustituido, desde entónces, en lugar del deudor, ¿á quién perseguimos? «Pero, se me objetará, el que quiso ofenderme no consiguió realizar su intento, verdad es; ó mejor dicho, aún cuando tuvo mala intencion contra mí, y hasta logró causarme un perjuicio momentáneo, su conducta ha resultado, en último caso, en beneficio mio. Si; pero, no es ménos cierto que ha querido dañarme, que persiste en la misma idea, que siente el mal éxito de sus planes; en una palabra, que es un enemigo. Luego, si la Providencia ha pagado su deuda material reparando el mal, ó impidiendo su realizacion, su deuda moral, que existe permanente en su intencion, le hace siempre deudor mio y me

dá el derecho de perseguirle.» Error, hermanos míos! Desde el momento que os referís á esta deuda, que no es más que el pecado de vuestro hermano, desde que tratáis de ella con ánimo de conservar un derecho contra él, usurpáis el puesto á Dios. Decidme, en fin, ¿qué pedís? ¿Qué vuestro hermano sea castigado? Pero advertid, que no pudiendo vosotros juzgarle, en justicia, no podéis tampoco pedir su castigo. ¿Pedís que se le quiten los medios de dañaros? ¡Ah! esto es otra cosa. Este deseo no es hijo de la ira, ni se opone al perdón, porque pedís á Dios que os libre de ser para el prójimo ocasion de pecar. Por último, decid también: renuncio á mi queja; pero estoy prevenido; desconfío; la presencia de este hombre me hace daño!... y yo os contesto, hermanos míos; el perdón no impide la prudencia, puede otorgarse el don y no conceder, sin embargo, simpatía. Y por fin, si Dios no acuerda la reparación, ya lo he dicho, es porque no hay lugar á ella, es porque merecéis el mal ó la aflicción, en la cual vuestro prójimo solo ha intervenido como instrumento; instrumento culpable, tal vez, pero esto no os concierne, á menos, sin embargo, que os intereseis por su salvación. No olvidéis, después de todo, hermanos míos, que las grandes reparaciones no tienen lugar en esta vida, y que vuestro desgraciado hermano, que os habrá causado un perjuicio temporal, os habrá, tal vez, ayudado á ganar, si tenéis caridad y paciencia, bienes inapreciables en calidad y duración.

Examinemos ahora la preocupación, el sofismo que reviste al resentimiento, á la ira, al espíritu de venganza con el bello nombre de justicia. El error es esto: la reparación consiste en sufrir el mal que se ha hecho á otro. Con esto admitís la pena del talion. Esto es absurdo. En la esfera de la justicia absoluta, la pena del talion es demasiado blanda. En nuestra esfera contingente y, sobre todo, con nuestra cordedad de razón, sería muchas veces demasiado fuerte y siempre caería de garantías de justicia. Considerando la idea en abstracto, ¿quién no advierte que no puede existir igualdad alguna entre el mal causado á un inocente por un criminal y el mismo mal sufrido por éste? Siempre existirá distancia entre el crimen y la inocencia; solo Dios puede hacerla desaparecer aceptando el arrepentimiento. Pero si descendemos al terreno de la práctica, reconocemos mejor todavía la injusticia de este principio de pretendida justicia. Porque, en efecto, una de dos; ó el culpable sufre exteriormente tanto como ha hecho sufrir, y, en este caso, sería preciso que existiera paridad de organizaciones y de sensibilidad, para que hubiera igualdad de sufrimientos, lo que no sucede jamás; ó por el contrario, deseamos, en nuestro resentimiento, que el que nos ha lesionado reciba

una lesión proporcional, según su capacidad de sufrimiento y sin tener en cuenta los hechos exteriores; en cuyo caso también hay injusticia, porque deberíamos agregar: deseo que sufra á proporcion de su culpa. Necesariamente vendremos siempre á parar á lo mismo, hermanos míos; necesariamente habremos de reconocer que no podemos juzgarnos los unos á los otros.

Si alguno de vosotros no ha comprendido la oportunidad de mis últimas palabras y que relación tiene la pena del talion con nuestro asunto, que ponga la mano sobre su corazón, que recuerde ciertos movimientos, reprimidos tal vez, así lo creo, pero en fin, ciertos movimientos ocasionados por alguna herida moral, por alguno de esos ataques que sirven para ejercitar nuestra caridad en favor del prójimo; y si, cuando los ha recibido, no se encontraba ya bastante avanzado en el camino espiritual, que diga si no ha deseado, á pesar suyo y sin duda alguna, que el golpe recibido fuera á dar en el corazón de su infame agresor....

Me he esforzado, hermanos míos, por haceros ver como nosotros, imágenes de Dios, debemos perdonar para no descender de nuestra *dignidad*; como, habiendo sido perdonados á nuestra vez, debemos hallarnos también dispuestos á perdonar, á menos de ser absolutamente insensibles, y estar completamente desprovistos de sentimientos de *caridad*; como, en fin, debemos perdonar en nombre de la justicia. Réstanos examinar como puede el temor, ó mejor dicho, la *esperanza*, preparar las obras de caridad, disponiéndonos á conceder el perdón que para nosotros mismos deseamos.

2. Dícese con frecuencia: la caridad no se impone. Verdad es: la inteligencia, en manera alguna, la impone al corazón. Razonar no es amar. Pero de aquí se deduce equivocadamente, que la seguridad de otra vida y la idea de castigo y recompensa es ineficaz para transformar el corazón y acrecentar la caridad. La demostración de tal error exigiría mucho más tiempo del que hoy puedo dedicaros; pero podré hablarlos al menos, del caso particular que nos ocupa. Digoos pues; hareis mal de pensar que la esperanza del perdón y el temor de no alcanzarle, no pueden decidiros á perdonar cristianamente, es decir, á perdonar de todo corazón.

Á menos de ser almas privilegiadas, no podemos llegar á la perfección sino lentamente. De manera, que puede haber grados sucesivos en el perdón que concedemos á otros, que puede haber, y ordinariamente lo hay, progreso en el resultado de nuestros esfuerzos. Los primeros resultados de estos esfuerzos, los primeros grados del perdón pueden obtenerse por la fé, por el temor y por la esperanza, en una

palabra, por la consideracion, por la meditacion de la amenaza y de la promesa que se leen al fin del Evangelio de hoy.

Hagamos rápidamente la fisiología del perdón. El perdón es una renuncia voluntaria y sucesiva. El que perdona, renuncia primeramente á la intencion de dañar á quien le dañó. En seguida abandona el deseo de verle lastimado por la accion reprobada, sea cualquiera el agente que deba castigarle. Acalla luego el vago deseo de verle castigado en cualquiera forma. Trata despues de disminuir la gravedad de su culpa. Luego, le compadece y encomienda á Dios. Le ama, despues. Y por último, esto es heroico y sobrenatural, puede olvidar hasta la herida recibida, de tal manera la ha cicatrizado la caridad; entónces la deuda queda perdonada hasta el último óbolo, los títulos del crédito se han hecho pedazos, y entregado á las llamas. Si, por el contrario, destruis los efectos del perdón, reconstruyendo pieza sobre pieza el edificio del mal, hallareis sucesivamente el recuerdo, el ligero resentimiento, la maldiccion, la ira, la venganza. Pues bien, estos últimos elementos, primeros en el orden cronológico, pueden ser destruidos por la fé. Podeis, desde luego, por el temor y la esperanza, renunciar á la venganza personal, porque ésta nos está prohibida. Podeis primero renunciar al hecho. Pero, solo por esto, os disponeis á renunciar al sentimiento; puesto que ya habeis desterrado de vuestro corazón el deseo de probar el deplorable placer de la venganza personal. Poneis vuestro asunto en manos de la Providencia y ya desnaturalizais vuestra mala tendencia, confiando la satisfaccion á la justicia de Dios. Viene despues la reflexion: la justicia de Dios no se manifiesta segun habiais previsto; Dios no puede ser juzgado como vosotros, y, desde entónces, hay peligro inminente. Os sentis dispuestos á apartaros de éste negocio; pensais y os decis que la desgracia del malo de nada servirá para vuestra felicidad. Una vez abandonado el juicio, quedais convertidos en simples espectadores y solo se os representa á la vista un pecador digno de compasion, porque el pecado es la mayor desgracia. En tal estado, el alma ofendida se encuentra desembarazada de los obstáculos que se oponian al ejercicio de la caridad, y se perdona de todo corazón.

De manera, que el primer efecto del temor es producir la obediencia á los mandamientos que se refieren á los hechos, á los actos externos. Este es, por lo general el primer paso dado en el camino de la observancia espiritual. Así como llega uno á hacerse insensible violentando su sensibilidad, á la manera, por ejemplo, que el cirujano se habiúa en las operaciones que en principio le eran mas difíciles; así, aunque en sentido contrario, se puede desarrollar la caridad en

el corazón absteniéndose de las acciones que no se conforman con esta virtud y haciendo obras de caridad por la esperanza de la recompensa infinita y por temor al castigo. Ciertamente, repito, que esta no es la caridad perfecta, no es más que el sentimiento; pero es una excelente preparacion, excelente bajo dos aspectos: primero, porque se obedece á Dios; segundo, porque es causa que, aún en el órden natural, produce estimabilísimos efectos.

Seame permitido agregar, que siendo el resentimiento un dolor, el perdón no sólo tiene su recompensa eterna, sino sus alegrías presentes. Convergamos en que la ira es un tormento. Hay quien dice á nuestro lado: la venganza es el placer de los dioses. Esto está conforme con lo que acabamos de decir, porque los dioses derrocados por Jesucristo, son las potencias del demonio, y cuando el demonio se goza en nosotros, nuestra alma se halla atormentada. La venganza es el placer de los dioses del paganismo; esa es su condenacion.

No bajaré de esta sagrada cátedra sin preguntaros ántes: ¿cómo pedis? ¿os limitais á pedir con los labios, ó vuestro espíritu comprende y vuestro corazón siente lo que decis á Dios en la oracion dominical? Sabeis perfectamente, hermanos míos, que, si no perdonais, pronunciais vosotros mismos vuestra propia sentencia. Pensad en esto: habeis declarado ante Dios, que renunciáis á la eterna felicidad si vuestro corazón no se hallaba puro de todo resentimiento: «Perdonad nuestras deudas, *asi como* nosotros perdonamos á nuestros deudores.» ¡Palabras terribles, henchidas de amenazas ó de consuelos! ¡Ah! hermanos míos, yo estoy seguro que vosotros elegireis los consuelos y la dicha eterna, que de vosotros depende conseguir y que yo os deseo. Amen.

PEREZA.

Usque modo non petitis quidquam in nomine meo.

Hasta aqui no habeis pedido nada en mi nombre.

(JOANN. XVI, 24.)

¿Es posible que los apóstoles no hubiesen pedido todavía cosa alguna en nombre de su divino Maestro, cuando estaba ya próximo á

salir del mundo para volver á la gloria del Padre? Él les habia encarecido la necesidad de orar: les habia prometido darles cuanto pidiesen; y habiéndole preguntado de que modo debían hacer sus súplicas á Dios, les habia dictado en pocas palabras una perfecta y eficazísima oración. Pues ¿por qué no pedían? ¿por qué no se aprovechaban de las ventajas que podían obtener por medio de frecuentes y fervorosas oraciones?

Porque eran todavía sencillos é ignorantes, y no estaban aún bien cimentados en la doctrina del Evangelio. Mas, en cuanto Jesucristo, próximo á subir á los cielos, les reprendió su incredulidad y su dureza de corazón por no haber querido creer á los que le habian visto resucitado, retiráronse al Cenáculo y dedicaron los días y las noches á la oración: *Omnes erant perseverantes unanimiter in oratione* (Act. 1, 14); hasta que, descendiendo sobre ellos el Espíritu Santo con la plenitud de su gracia, salieron á difundir la verdadera fé por todas las regiones del universo.

Mucho más debemos, pues, admirarnos nosotros, de que los cristianos que profesan creer firmemente la verdad del Evangelio y esperar despues de ésta una vida eterna, vivan, sin embargo, tan olvidados de los intereses de su salvacion, que no piensen apénas mas que en las vanidades y locuras del mundo; y si tal vez se dedican al ejercicio de su religion, lo hacen con tanta indiferencia y tibieza, que claramente dán á entender que obran por costumbre y no por deseo de servir á Dios y de merecer su benevolencia. Esa tibieza, esa indiferencia, ese olvido de las cosas de Dios, son en gran parte efecto de la pereza: por tanto, voy á manifestaros en qué consiste este abominable vicio y cuáles son las funestas consecuencias que acarrea, para que lo aborrezcais de corazón y procureis no incurrir en él. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Santó Tomás dice, que la pereza es una desordenada displicencia y un tédio pernicioso en el obrar: *Accidia importat quoddam tadium operandi*; y que impidiendo al hombre el ejercicio de la virtud, es siempre pecaminosa con respecto á sí misma y con respecto á los pésimos efectos que suele producir: *Est dupliciter mala, et secundum se, et secundum effectum* (2, 2, q. 53, art. 1). Por esto el Espíritu Santo nos advierte, que la negligencia y la lentitud en el obrar han sido siempre una fuente de miserias y desgracias: *Egestatem operata est manus remisa* (Prov. x, 4); pues de poco aprovecha para nuestra salvacion el no obrar mal, si con todo fervor y diligencia no procuramos obrar bien.

El Apóstol llama á la pereza tristeza mundana, y nos asegura que mata al alma: *Saeculi tristitia mortem operatur* (II Cor. vi, 10); lo cual explica el doctor Angélico diciendo: que este vicio, inspirándonos una abominable aversion á las cosas divinas, se opone directamente á la caridad y constituye una culpa mortal por naturaleza, por lo que se enumera entre los pecados capitales: *Accidia est tristitia de bono spirituali, in quantum est bonum divinum, unde secundum suum genus accidia est peccatum mortale* (2, 2, q. 53, art. 3); y luego añade: que solo están exentas de culpa grave aquellas repugnancias que nuestra corrompida naturaleza experimenta en obrar bien, sin deliberado y pleno consentimiento de la razon; las cuales son, sin embargo, pecados veniales, si conociéndolas, no las corregimos: *Metus accidia in sola sensualitate quandoque est, propter repugnantiam carnis ad spiritum, et tunc est peccatum veniale*.

El que ama de veras á Dios, le sirve con alegría y valor, y daría gustoso la sangre y la vida por no perder su gracia; porque el verdadero amor no conoce dificultades ni obstáculos. Mas los perezosos, al contrario, se abstienen de hacer bien, por temor de no poder resistir al trabajo de las buenas obras, y no dan un paso en la senda de la virtud, creyendo que en él les han de salir al paso monstruosas fieras: *Dicid piger: Leo est in via, et leona in itineribus* (Prov. xxvi, 13). Quieren, y no quieren, de manera, que no resolviéndose á poner por obra los lánquidos deseos que les excitan á procurar su salvacion, dejan pasar los días y los años sin hacer cosa alguna, y mueren al fin los infelices enteramente vacíos de obras buenas: *Desideria occidunt pigrum, noluerunt enim quidquam manus ejus operari; tota die concupiscit, et desiderat* (Prov. xxvi, 21, 25 et seq.).

Suspiraban los israelitas, libertados por la misericordia divina de la esclavitud de Egipto, por llegar á la posesion de la fértil tierra prometida; y sin embargo, desconfiando de la bondad de aquel Dios, que con tantos y tan estupendos prodigios les habia sustraído de la tiranía de Faraon, concibieron un vergonzoso temor de perder la vida á manos de los moradores de la tierra de promision y ver á sus mujeres é hijos reducidos á la esclavitud; de manera, que deseaban más volver á Egipto ó morir en el desierto, que proseguir el comenzado camino. En vano Caleb y Josué les exhortaban á tener valor y á poner toda su confianza en el divino auxilio; pues lejos de dar oidos á aquellos dos generosos campeones, intentaron lapidarlos, por lo cual el Señor justamente irritado les condenó á todos á andar por espacio de cuarenta años errantes y fatigados por aquellas inhospita-

rias soledades, sin que ni uno solo de ellos llegase á gozar las delicias de aquella tierra tan deseada. ¡Ah! ¡cuántos cristianos, á semejanza de los remisos israelitas, poseídos de una criminal pereza, no quedan excluidos de la posesion del reino de Dios! Unos temen que, quedándose en la Iglesia á oír misa ó hacer alguna práctica de devocion, sufran menoscabo los intereses de su familia; otros recelan que, enviando sus hijos á la doctrina, se mueran de hambre los ganados; éstos se cansan é impacientan de oír sermonear, otros creen perder la salud si observan los ayunos prescritos por la santa Iglesia; éstos se persuaden que no les quedará tiempo suficiente para descansar si invierten tan solo media hora en rezar el rosario antes de acostarse; aquéllos en fin, piensan quedarse sin pan, si dan alguna limosna á los pobres ó á la Iglesia; y el resultado es, que pasando de este modo la vida en un lamentable ocio espiritual, llegan á la hora de la muerte enteramente desprovistos de méritos y con la conciencia cargada de pecados é iniquidades.

¿Queréis cercioraros de que el tedio, los temores, las excusas y los pretextos de esos tales no reconocen otra causa que una pésima pereza? Observadles en las fiestas, en los banquetes, en los saeos y diversiones: trasnocharán gustosos, gustarán con profusion, sudarán, se fatigarán sin temor de perder la salud, ni de privarse el sueño, ni de arruinar la casa, ni de que la familia perezca de hambre; pasarán tranquilamente del galanteo á la erápula, del juego al baile sin atender al rigor de la estacion, ni á la distancia, fragosidad ó mal estado de los caminos: llenos de aliento, valor y resolucion para servir al demonio y seguir los impulsos de su desenfrenada concupiscencia, solo se muestran remisos y desalentados en servir á Dios y procurar la salvacion del alma; corroborando de este modo las palabras del Salmista cuando dice, que sobreabunda en iniquidad el que tiene por difícil y trabajosa la observancia de los divinos mandamientos, de los cuales es el primero amar á Dios de todo corazon, con toda el alma y con todas las fuerzas: *Numquid adhæret tibi sedes iniquitatis, qui fingis laborem in præcepto?* (PSALM. XCIII. 20).

2. Habiendo resuelto Galba apoderarse de Roma, la sitió con un numerosísimo y poderoso ejército. Estrechado el cerco de manera que no podian los sitiados recibir socorro de parte alguna, habíanse ya plantado las baterías de arietes, examinábase por qué lado seria más conveniente abrir la brecha, y se aguardaba por momentos la hora de asaltar y rendir la ciudad. Los romanos, entre tanto, confusos y atemorizados, defendian los muros con la flor de sus soldados, y los reforzaban con nuevos bastiones y reparos; cuando hé aqui que Neron

manla repentinamente reunir en la gran sala del consejo á los senadores, á los consejeros de Estado y á los más esclarecidos varones de aquella augusta metrópoli. Imposible sería describir la alegría que se apoderó de los romanos, esperando de las deliberaciones de tan ilustre asamblea una medida salvadora proporcionala á la gravedad del conflicto. ¡Vana esperanza! Entra Neron en el consistorio, y volviéndose con alegre y sereno semblante á los congregados, les dice: Os he reunido en este lugar para tributar las debidas gracias á los Dioses, por haber finalmente hallado el modo de concertar las flautas grandes con las pequeñas, de manera que produzcan un sonido armonioso y agradable al oído. Este inesperado discurso dejó tan alóntos á los sábios consejeros, que no supieron que responder. Pues qué! se decian interiormente, ¿es tiempo ahora de pensar en frusterías y vanidades? Los enemigos nos asedian por todos lados, la ciudad está á punto de perecer. ¿y Neron piensa en flautas...? ¡Oh necesidad! ¡oh locura! Pues ¿no hacen lo mismo los perezosos en asuntos de mucha mayor importancia? Asediados por las malas ocasiones, dominados por los sentidos, acosados por el tentador, están en peligro de perderse para siempre, en riesgo inminente de ser precipitados á los abismos del infierno, y esto no obstante, viven tan olvidados de los intereses del alma, de la espantosa eternidad, que solo piensan en los placeres y vanidades del mundo. Esclavos de una abominable ociosidad, tienen el corazon lleno de pésimas inclinaciones y enormes vicios, que son las ortigas y las espinas que, segun la expresion del Espíritu Santo, cubren totalmente el campo del hombre perezoso: *Per agrum hominis pigri transivi, et per vineam viri stulti, et ecce totum replenerant artice, et operuerant superficiem ejus spinæ* (Prov. xxiv, 50 et seq.) Es tanto lo que les repugna el bien obrar, y tanta su aversion á la virtud, que no pueden oír hablar de Dios ni de las cosas santas, á semejanza de Félix, presidente de Judea, cuando oyendo predicar á S. Pablo sobre la castidad y el juicio final, aunque sobrecogido de un gran temor, despidió sin embargo al apóstol diciéndole, que lo llamaria en ocasion más oportuna: *Quod nunq̄ attinet, vade, tempore autem opportuno accersam te* (ACT. XIV, 25).

Esos, exclama S. Bernardo, están ya en algun modo en el infierno, antes de salir de este mundo: *Hujusmodi autem quodammodo in inferno sunt* (SERM. III, DE ASCEN. DOM.): y la razon es, porque, siendo uno de los efectos de la pereza inspirar rencor y enojo contra las personas virtuosas, que con la pureza de su vida y con su fervor y diligencia en servir á Dios, reprenden y condenan la insensatez de

los perezosos; éstos no solo dejan de practicar el bien, sino que detestan además toda obra de religión, y aborrecen é insultan á los justos. Ellos quisieran que la ley de Dios no prohibiese el pecado, que la Iglesia no prescribiese el ayuno, ni celebrase las fiestas, ni recomendase la frecuencia de los sacramentos; quisieran que los confesores fuesen mudos, que se suprimiesen los sermones y catecismos; quisieran, en fin, si posible fuera, desterrar del mundo los sacerdotes y hombres piadosos. Oíd sus discursos, consignados en el libro de la Sabiduría: Persigamos, dicen, al justo, que condena nuestras acciones y reprueba nuestra desobediencia á la ley, poniendo en evidencia los pecados que cometemos y echándonos en cara la disolución y perversidad de nuestras costumbres: *Circumveniamus justum, quoniam inutilis est nobis, et contrarius es operibus nostris, et improperat nobis peccata legis, et diffamat nos in peccata disciplina nostrae* (SAP. XI, 12). No podemos soportar su vista, porque su vida es muy distinta de la nuestra: *Gravis est nobis etiam ad videndum, quoniam dissimilis est aliis vita illius* (SAP. XI, 15). Nos tiene por vanos, necios y frenéticos, y huye de nuestra conversación, reputándola por escandalosa é inmunda: *Tamquam nugaces astimati sumus ab illo, et abstinet se à viis nostris, tamquam ab immunditiis* (SAP. XI, 16).

Mandó el Señor á los hebreos que no dejasen apagar nunca el fuego del altar: *Ignis in altari semper ardebit* (LEV. VI, 12); para darnos á entender, dice el papa S. Gregorio, que no podemos agradar á Dios, si no arde siempre en nuestro corazón el fuego de una ardentísima caridad: *Altare Dei est cor nostrum, in quo jobetur ignis semper ardere, quia necesse est ex illo ad Dominum caritatis flammam indesinenter ascendere* (LIB. XXV MORAL. C. 7). El Señor aborrece la tibieza, la negligencia y la ociosidad, y rara vez entra en el buen camino el que se ha acostumbrado á mirar con indiferencia el negocio de la salvación; porque como el Espíritu Santo nos advierte, si el temor de la fatiga nos retrae de trabajar, cuando llegue el día de la cosecha, es decir, la hora de nuestra muerte, seremos pobres y desgraciados y no habrá quien nos dé auxilio: *Propter frigus piger arare noluít, mendicabit ergo æstate, et non dabitur illi* (PROV. XX, 4). ¿Quién sabe cuando llegará para nosotros aquella hora terrible? Todos los días vemos como hombres y niños, jóvenes y ancianos, pasan á la eternidad, y no sería extraño que alguno de los que estamos aquí reunidos, dentro de pocos días y quizá de aquí á pocas horas, fuese llamado al tremendo tribunal de Dios; y sería para nosotros la mayor y más irreparable de las desgracias, que no ha-

llando en nosotros el Altísimo obras buenas que recompensar, nos castigase por nuestra pereza, como sucedió á aquel siervo del Evangelio, que fué condenado á las tinieblas por haber tenido enterrado y ocioso el talento, en lugar de negociarlo.

Huyamos, pues, hermanos míos, del abominable vicio de la pereza, y siguiendo el consejo del grande Apóstol, seamos solícitos y fervorosos en servir á Dios: *Sollicitudine non pigri, spiritu ferventes, Domino servientes* (ROM. XII, 11). No debe arredrarnos la dificultad de la empresa. No es difícil ni penoso, no, el vivir bien, ántes al contrario, llena el corazón de consuelo, contentamiento y alegría espiritual; porque el yugo de la ley de Dios es suave, é insensible el peso de sus preceptos. El Señor ama á los que le veneran y obedecen con diligencia y buena voluntad: *Hilarem datorem diligit Deus* (II COR. IX, 7), y despues de haberles hecho gustar en esta vida los puros goces de una conciencia tranquila, premia eternamente en la otra con las delicias de su gloria las pocas fatigas y levisimas penas que padecieron por servirle y amarle. En vista de esto, ¿quién podrá ser tibio y perezoso en el ejercicio de la virtud? Practiquémosla constantemente, y seremos eternamente dichosos.

Para ampliar este asunto pueden consultarse los tratados: OCIOSIDAD y TRABAJO.

DIVISIONES.

PEREZA.—A nosotros nos corresponde buscar á Jesucristo, y es preciso que sea Jesucristo quien nos busque á nosotros.

A nosotros nos corresponde pedir gracias á Jesucristo, y es preciso que sea Jesucristo quien nos las ofrezca.

PEREZA.—La pereza es la parálisis del alma pecadora.

Esta parálisis procede del amor propio que nos infunde aversión por todo lo que nos parece penoso.

Un pecador paralítico es un perezoso que descansa sobre los demás en los asuntos de su salvación.

PEREZA.—Para curar al pecador de su pereza es preciso que conozca su fuerza.

Para curar al pecador de su pereza es preciso hacerle marchar por el camino de su vocación.

PEREZA.—Nos hace difícil la práctica de la virtud.

Nos hace envejecer en el pecado.

Nos hace perder las ocasiones de las cuales depende nuestra salvación.

PERFECCION CRISTIANA; véase JUSTICIA CRISTIANA.

PERJUROS; véase JURAMENTOS.

PERSECUCIONES.

Ecce positus est hic... in signum cui contradicetur.

Mira, este niño que ves, está destinado... para ser el blanco de las contradicciones.

(Luc. II, 34.)

El Evangelio nos anuncia las persecuciones á que la Iglesia debe estar expuesta durante todo el trascurso de los siglos. Puede mirarse, hermanos míos, esta profecía como una de las pruebas más características, como uno de los monumentos más admirables de la divinidad de nuestra santa religión. Nada hay, en efecto, más extraordinario que esas persecuciones que han herido y todavía hieren á la Iglesia todos los días en medio de nosotros, y que se las puede caracterizar alternativamente bajo este triple punto de vista: persecucion de la fuerza brutal, persecucion de la violencia de la ciencia, persecucion de desprecio. En efecto, una de estas tres persecuciones hiere siempre á la Iglesia de Jesucristo por todas partes y en todos los instantes, en un sentido evidentemente opuesto á la verdad. Esto es lo que voy á demostraros. Pidamos la gracia necesaria. A. M.

1. No hay necesidad de creer, y vosotros lo sabeis desgraciadamente tan bien como yo, que la persecucion de la fuerza, que la persecucion de la violencia fueron el patrimonio de los tres primeros siglos. En aquella época, las persecuciones fueron de una atrocidad tal, que hoy día los incrédulos buscan en esa misma exageracion un argumento contra la veracidad de la historia; miran, esas persecu-

cuciones tan numerosas, tan sangrientas, tan injustas, como de un carácter de imposibilidad que engendra al ménos la duda. Además, esas persecuciones de los tres primeros siglos estaban fundadas en motivos tan absurdos, y muchas veces tan ridiculos, que el buen sentido se negaría á creerlos si monumentos y relaciones de la autenticidad más incontestable, no estableciesen los hechos. Si, hermanos míos, los edictos de los emperadores condenaban á los cristianos á muerte, porque los cristianos en sus misterios, en sus reuniones, degollaban niños, se comían su carne y bebían su sangre! ¡Jueces romanos, hombres colocados á la cabeza de la civilizacion y de la ciencia, se atrevieron á escribir esos fallos, sancionándolos con su firma. ¡Esto admira, esto espanta! Es necesaria la ceguedad de todas las pasiones infernales reunidas para conducir á los hombres á acciones tan absurdas y al mismo tiempo tan criminales. Pues bien esa excesiva ridiculez de las primeras persecuciones se continúa por todas partes; se presentan con el mismo carácter, si bien puede decirse, que nada hay más contradictorio ni más ridiculo al mismo tiempo, que las causas por las que las diversas sociedades han hecho y hacen espíar á los cristianos, persiguiéndolos y condenándolos á muerte; este es el colmo de la ceguedad, y estas persecuciones tienen lugar muchas veces en nombre de Dios. En los primeros tiempos del cristianismo, los emperadores romanos perseguían á los cristianos por los motivos más frívolos, más ridiculos, más odiosos, hasta acusarlos de infamia en sus costumbres. ¡Ellos, que llevaban la pureza hasta el extremo de temer aún la más leve apariencia de mancha! ¡Ellos, cuyas vírgenes y viudas debían abandonar los más brillantes ejemplos de la dominacion de los sentidos! ¡Acusarlos de atrocidad en sus misterios! ¡Ellos, que habian renunciado hasta el sacrificio de los toros, de las becerras, de las cabras, para no tener más que la víctima del Calvario, el Cordero sin mancha! Ha habido y hay siempre contradiccion en las mismas acusaciones, y contradiccion entre las acusaciones y los hechos.

Si no nos engañamos, la persecucion es uno de los caracteres del cristianismo y de la verdad. Y como la verdad procede de Dios para reformar la tierra, es necesariamente y en todas partes opuesta á las pasiones; y mientras baya en la tierra pasiones ó intereses materiales y groseros que saciar, el cristianismo estará en oposicion con el espíritu del mundo; por consiguiente, el cristianismo será siempre perseguido, violentamente perseguido, cuando los pueblos ó los que los dirijan medlan hacerlo con alguna ventaja. Notad tambien la otra contradiccion de las persecuciones que sufre el cristianismo: ya la persecucion tiene lugar por los furoros populares, ya por la omni-

tencia de los soberanos; si bien puede decirse que son un verdadero caos, un abismo sin fondo, una contradicción perpétua, las causas que se han alegado para la persecución contra los cristianos en todos los siglos. Ese es uno de los caracteres del error.

2. Al lado de la persecución sangrienta está la persecución de la ciencia, que consiste en lo siguiente: pretendidos sabios atacan, combaten las doctrinas católicas con pretendidos descubrimientos científicos, con imaginarios progresos del espíritu humano, con esas armas de la prensa, que tanto poder prestan al ataque, y muchas veces hacen la defensa tan débil y tan insuficiente; porque hay más afán en leer lo que deleita y halaga, que lo que edifica ó instruye. Hay también una contradicción que inspira el más profundo desdén hacia todos los adversarios del cristianismo, cualesquiera que sean, y es, que el catolicismo, que cuenta en su seno las más grandes lumbreras del mundo (bastará nombrar á Agustín, Atanasio, Crisóstomo, Orígenes, Jerónimo, Tertuliano, Tomás de Aquino, Bossuet, Pascal, Fenelon y tantos otros); el catolicismo, que cuenta en su seno los hombres más sabios que ha tenido el mundo, los hombres más ilustres, más elocuentes, más enérgicos, ve levantarse ante estos focos de luz á esos niños todavía en el colegio, á esos obreros sin ciencia, y que ni aún siquiera han querido saber jamás lo que hubieran podido aprender; á esas mujeres ligeras ó aturdidas, que no se ocupan más que del tocador y de las fiestas; á esos mercaderes tan ignorantes, que no conocen más que su vara y su libro de cuentas. ¡Vemos á todos esos insensatos atacar la religión en nombre de la ciencia! Nosotros somos hombres preocupados y no tenemos ninguna tradición... El carácter especial del ataque es, que siempre viene de parte del más ignorante y más débil. Cuando el hombre posee una ciencia real y positiva bajo el punto de vista religioso, comienza por callarse y estudiar con más afán. No vereis ataque violento más que en hombres que no tienen sino una mediana ciencia, alterada ó nula; son hombres que no se sirven de los talentos que pueden tener sino para hacer el mal y perder las almas. Ciertamente que la irreligión cuenta en su seno algunos hombres ilustres, pero poco sabios, ó al menos, si hay sabios entre ellos, son hombres que casi han vuelto al cristianismo, y los más grandes de entre ellos han acabado por adherirse definitivamente á él.

Puede decirse que las persecuciones hechas al cristianismo en nombre de la ciencia han sido siempre pueriles ó despreciables, y sin embargo, son las que más hieren al catolicismo, las que mayor daño le causan y las que más prosélitos reclutan. ¡Cuántas infelices esposas

y cuántos hijos, viendo aquellas á sus maridos, y éstos á sus padres, despreciar la religión, combatir la religión, atacar siempre la religión en nombre de la ciencia, acaban por decir: «Mi marido, mi padre es un hombre instruido; y si no tiene fe es porque la verdadera religión no está probada!» Este género de persecución fué predicho por Jesucristo: el carácter de la verdad es ser siempre combatida por la ciencia humana, porque la verdad espanta á la ciencia humana, le manifiesta su nulidad, destruye una parte de sus pretensiones, su incertidumbre redunda en beneficio de la humanidad; el hombre orgulloso quiere que no haya nada superior á él, pretende analizarlo todo y colocarlo á su mismo nivel. Ved de que modo la persecución de la ciencia hace tanto mal, causa tantos desastres en vuestra posición, arrancando siempre multitud de miserables almas, que no quieren comprender que la ciencia ha dicho su última palabra al catolicismo, y que el catolicismo es la base de todas las ciencias, y que en su seno los sabios más ilustres se han llenado de gloria, humillando sus conocimientos ante la ciencia de Cristo.

5. Y ¿qué diremos de esa persecución de desprecio, que es una especie de invención del infierno? Antes del cristianismo el mundo estaba entregado á falsas religiones: las más absurdas, las más ridiculas, recibían el asentimiento y los homenajes de la tierra. Pues bien; antes del cristianismo estaba consagrado que todos los hombres debían respetar la religión, cualquiera que fuese; y en toda la antigüedad, salvo algunas ligeras excepciones de filósofos libertinos ó insensatos, como por ejemplo la secta de Epicuro, no encontraréis una sola secta filosófica reflexiva, un solo pueblo, una sola reunión de hombres que tomara por principio y por sistema de conducta el menospreciar la religión. Por el contrario, era un principio generalmente aceptado y recibido, que debían respetarse siempre las religiones, puesto que siempre tienen una base respetable. Llega la época del catolicismo, es decir, la verdad; es decir, Dios, que interviene en los negocios del hombre; y en el instante mismo el infierno y las pasiones humanas se esfuerzan por destruir aquel principio de respeto, allí donde precisamente el respeto debía ser absoluto y sin restricción, para llevarlo absolutamente sobre lo que ha sido demostrado como erróneo y falso, sobre lo que como tal ha sido destruido. Parece, hermanos míos, que está admitido en el día, que todas las religiones de la antigüedad, que todos los cultos idólatras tienen derecho á todos los respetos, y que en los tiempos modernos todas las religiones deben ser respetadas, excepto una sola, excepto el catolicismo. En los libros de los incrédulos, en general, no encontraréis puestas en ridículo ni la

religion de Mahoma, ni el protestantismo, ni el judaismo; pero cuando se trata del catolicismo, no hay críticos bastante desvergonzados ni palabras bastante sarcásticas para ajar sus dogmas, su moral, sus sacramentos, sus ritos, sus asociaciones, sus preces. Parece que todo lo más despreciable que tiene la humanidad, lo más ridículo y malvado se une contra esta religion, la única que es permitido criticar, calumniar y despreciar impunemente. Vereis algunos hombres, en sus libros, en sus conversaciones, saludar con respeto al sacerdote musulman, y lanzar el insulto á la faz del sacerdote católico. ¡Oh! quede incontestable y probado, que el mundo y el infierno no se unen de este modo contra la Iglesia sinó porque la Iglesia posee la verdad, y los hombres creen tener interés en negar la verdad, que los condena. Considerad, hermanos míos, que esa persecucion de desprecio, de que todos los días sois testigos, tiene algo de incomprensible, y para mí es la prueba, el carácter más distintivo de la divinidad del cristianismo.

Pero tomemos, hermanos míos, de nuestras instituciones, para ejemplo del partido que más nos denigra, tomemos, por ejemplo, la confesion. ¡Qué de sarcasmos indecentes sobre la confesion! Pues bien; la confesion como sacramento es cierto que no pertenece más que al catolicismo, y solamente en la confesion católica ha dado Dios poder al hombre para absolver los pecados; mas la confesion como institucion moral, como medio de consuelo, era honrada entre los pueblos de la antigüedad. Casi todas las sectas filosóficas de la antigüedad, los egipcios, los griegos, practicaban la confesion; es decir, el despojo de sí mismo, la manifestacion de su alma hecha á un tercero, para ser consolado, para ser dirigido, para ser purificado por el confesor. Toda la antigüedad pagana, sus sábios, sus filósofos, admiraban el uso de la confesion, y pedian y deseaban muchas veces participar de ella como de una gracia; y es probable y casi cierto, que la mayor parte de los pueblos orientales, ántes de la venida de Jesucristo, conocian la práctica y el uso de la confesion. Pues bien; basta que el catolicismo la haya obedecido, que Jesucristo la haya establecido como un medio de conocer los pecados para dar la absolucion, y que le haya concedido una eficacia real é indudable, para que haya llegado á hacerse ridicula y vergonzosa. Y de este modo lo que la antigüedad admiraba, la sabiduría de los tiempos modernos desprecia entre los católicos. Lo mismo sucede con todas las demás instituciones católicas. Se respeta el rosario de los turcos y se desprecia el rosario del católico. Todo lo que es católico es necesario despreciarlo, porque es la verdad, porque todo ello viene de Dios: es necesario respetar

todo lo que es de religion falsa, porque es la obra del demonio. ¡Es esto bastante?

Y ¡sereis espíritus tan débiles, que porque se burlan de vosotros y de vuestras prácticas, porque se critican las pruebas de vuestra religion, y hasta porque se os amenaza, renogueis por eso de lo que os honra, y no acepteis esas mismas pruebas de vuestra dignidad? ¡Ah! ¿no veis que se os persigue porque sois del cielo y os volveis al cielo? Seamos fuertes contra la persecucion, sea que trabaje por oscurecer con sofismas la luz católica, sea que critique y blasfeme de nuestras obras. Todo esto está anunciado por Jesucristo, por el mismo Dios. El dia que el catolicismo dejase de poseer y de ser el mismo Dios, cesaria de ser perseguido violentamente, y en cambio tendria derecho al respeto del malvado y del insensato, como las otras religiones falsas. Hermanos míos, consolémonos y esforcémonos, porque si solo el cristianismo es perseguido de este modo, prueba que es divino. Practiquemos sus preceptos, y alcanzareis la felicidad eterna que os desco.

PERSECUCIONES, véase ADVERSIDADES, AFLICCIONES.

PERSEVERANCIA.

I.

Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

Quién perseverare hasta el fin, ese se salvara.

(MATH. XXIV. 13.)

Ser incapaz de pecar es propiedad de la naturaleza de Dios; no poder ya caer en pecado, es privilegio de la gloria; no haber nunca ofendido á Dios es felicidad del estado de la inocencia; convertirse despues de haber pecado, es el efecto ordinario de la penitencia; pero haberse convertido para no pecar más, es lo que se llama gracia y don de perseverancia. Entre estos estados el primero, que consiste en ser incapaz de pecar, es el más excelente, pero no le conviene á